

Crítica Cinematográfica “El Sueño de Ana” de José Luis Torres Leiva

Es complejo reconocer la sensación que produce El Sueño de Ana durante la película, pero al terminar de verla, mientras te pierdes en los créditos, vuelve a entrar el aire al cuerpo y con ello el tiempo que pareció haberse detenido durante esa cámara que se interioriza en la personaje principal de “Ana”. Es difícil mirar a los ojos y debe serlo aun más el hacerlo a los ojos de la ausencia, sobretodo para decir lo que nunca antes se pudo decir y que seguramente todos guardamos para ese momento de honestidad infinita que muestra nuestras debilidades, pero que nunca llega, hasta que es demasiado tarde.

El ambiente en donde Ana lee la carta, preparado como una puesta en escena para una declaración pública a la nada – o a su amada, o a nosotrxs - transmite frío, ya sea desde su fotografía, vestimenta o interpretación. Nos muestra la cara de la soledad como compañera, una cara que no es necesaria de ver porque se siente; sobre todo luego de que esa imagen sea contrarrestada con la calidez de estar con esa persona amada que siempre emana una luz que resalta sus rasgos y gestos observados desde diversos ángulos, detenidamente y cuando nadie te ve. Es vislumbrador ver una historia como esta y darte cuenta que ambas son compañeras desde sus diferencias y que personajes como ellas pueden ser delineadas tan finamente, sin esperar una gran reacción o una larga duración para desenvolver sus caracteres. Sus palabras, miradas, imágenes y roces son suficientes para transmitirnos su amor incondicional.

La historia se nos revela poco a poco, como quien observa intrigadx la figura que se construye mientras se pinta un cuadro, ya que nos sumergimos en un relato por pinceladas, que al parecer para Ana decirlo implicó una decisión. Relato que dialoga con imágenes que en un principio se terminan de dibujar en nuestra mente y que nos involucra en primera persona, como si fuéramos parte de ese sueño dando pasos torpes por un paraíso que lleva a un acantilado que pierde su importancia como detonante de muerte, cuando lo único que importa es no despertar, para así no abrir los ojos y saber

que aquella persona ya no está. Porque en ese caso es mejor difuminarse, o quizás desenfocarse, para perderse en el tiempo junto a ella.